

ver el conjunto de las grandes obras humanas; pero, cuando se recuerda que, teólogo y magistrado, dió á la nueva idea disciplina democrática, y á la sociedad nuevo carácter civil y republicano; que, merced á esto, creó partido poderoso en la misma Inglaterra, contra la tendencia autoritaria y la gerarquía aristocrática del protestantismo inglés; que, acosado este partido por los sacerdotes y por los reyes, salió de sus combatidos hogares, de su ingrata patria, se derramó por Suiza y por Holanda, con la palabra de la nueva fé en los labios y el sentimiento y la idea en el corazón y en la conciencia, dispuesto á ofrecer siempre por su doctrina el holocausto de la vida; que una fracción muy considerable de este partido, se embarcó en la Flor de Mayo, y se dió al mar á la manera que Moisés al desierto, y atravesó la inmensidad con el libro, la Biblia en las manos, y la igualdad cristiana en el pecho; que allá en el Nuevo Mundo, en la tierra sin mancha, fundó el templo de la conciencia perseguida, y el gobierno de la democracia despreciada; la libertad y la República, que son el timbre de honor de América y la esperanza de Europa; cuando se recuerda toda esta gran epopeya del progreso humano, se olvidan todos los defectos de Calvino, todas las inconsecuencias que pudo cometer contra el principio mismo de la emancipación religiosa, y se le ve en las altas eminencias de la historia, entre los redentores de la humanidad, bañado por la luz inmortal de humanas y grandiosas ideas.

Por esta larga escursión, al través de la historia, venimos en conocimiento de la verdad de nuestra tésis: cada pueblo, cada raza, cada nación, crea ó acepta el ideal religioso más en armonía con sus tendencias políticas y sociales. Pues la Reforma es la religión necesaria, la religión nacional de la raza germánica. El carácter interior, íntimo de esta raza es la independencia individual; y el carácter histórico es el odio á Roma. Las oscuras selvas de Germania, cuyo aire estaba car-

gado de rumores siniestros, y cuyo suelo de fuegos fátuos, engendraban aquellos primeros invasores, que muertos en los campos pútridos, llegaron á envenenar con los miasmas de sus cadáveres y de sus despojos, los cielos de Italia. El primer héroe de la raza es aquel Arminio, que sujetó en sus trampas y lazos de cazador, las legiones de Varo, destruidas hasta el aniquilamiento por las selvas de Teutoburgo, y lloradas hasta la desesperación en el palacio de Augusto. La lengua latina se dibujaba en los labios del joven bárbaro; el anillo de caballero romano brillaba en sus dedos; acaso no tenía ni el sentimiento de patria en su pecho; pero afiló su espada en las piedras de las aras de sus dioses, la esgrimió contra Roma, y el mundo germánico, por cuyas discordias fué inmolado á los treinta y cinco años de edad, le cuenta entre sus fundadores y sus héroes. Si otra razón los alemanes no tuvieran para esta apoteosis, tendrían la razón del largo tormento infligido por Roma á la familia de Arminio, el recuerdo de la mujer, que él robó para su lecho, cautiva y expatriada, el recuerdo del hijo que él engendrara para continuar el lustre de su nombre, nacido en el destierro, y arrojado á la cloaca de Rávena, para ser contado entre los gladiadores que divertían con sus combates, sus heridas, su agonía y su muerte, el odio de los romanos.

Cuatro siglos duró el combate de Germania con Roma, los cuatro siglos primeros de nuestra historia. Tácito no veía más esperanza para la ciudad eterna amenazada que las discordias de sus crueles enemigos. Pero las vallas del Rin, del Danubio, se rompieron, las discordias cesaron, y la raza germánica sació su odio en las ruinas de Roma. Hasta los muertos se despertaron en las cenizas del Foro, según las tradiciones romanas, y subieron, aunque paganos, á luchar desde las nubes, en compañía de los santos cristianos, contra los enemigos de Roma. Pero eran estos los ángeles exterminadores del Apocalipsis, y aven-

taron con sus lanzas, más largas que cometas, á los cuatro vientos las cenizas de la ciudad, madre de las ciudades latinas. Atila, que en nuestras crónicas es el azote de Dios, porque ha destruido el Imperio romano y ha espoleado á las razas bárbaras para que lo enterraran, es en el poema nacional de Alemania, en los Nibelungen, el rey épico, á quien gusta más la sangre romana que el vino, pues el odio á Roma es el sentimiento nacional de Alemania.

Pero ¡oh prestigiosa ciudad! Rota, vencida, muerta, sin sus legiones en la tierra, sin sus dioses en el cielo; pulverizados sus muros, derruidos sus templos; todavía se rejuvenece y se transforma; pone en el vacío trono de los Césares sus Pontífices; sustituye los ejércitos de héroes con ejércitos de penitentes; á las tablas del derecho olvidado reemplaza las oraciones de sus doctores bendecidos y santificados; y por medio de nuevos dogmas, asimilados de Grecia, de Alejandria, de Africa, de Asia, pretende primero y establece después un dominio como jamás lo había tenido en la antigüedad, el dominio sobre las almas. Los alemanes recibirán el agua del bautismo en su frente; el monasterio en sus ciudades; la cruz en sus encrucijadas y en sus selvas; los obispos en sus provincias; el latín en sus escuelas; y un germano, un descendiente de Genserico y de Alarico, Carlo-Magno, sostendrá el dogma del predominio de los Pontífices, que significa el predominio de Roma, é irá de rodillas á recibir sobre las ruinas de la gran ciudad, en la frente ungida por el óleo católico, la antigua esplendente corona del romano imperio. Contra este dominio espiritual, que abraza el arte y la ciencia, la vida y la muerte, no podrá nada todo el mundo germánico, ni la espada de Arminio, ni el recuerdo del sombrío y victorioso Odino, ni el grueso martillo de Thor, ni los sacerdotes reunidos en las cavernas abandonadas por los lobos, ni las laderas de la mágica montaña de Harz, preñadas de dogmas sanguinarios, ni

las orgías de las cimas del Broken, donde acuden por las noches de primavera las reinas de las brujas con sus mantos semejantes á las oscuras alas del murciélago; ni los incansables cazadores que van en vertiginosa carrera sonando eternamente los roncós cuernos de caza; ni los dioses que en el viento gimen y en las nieblas vagan; ni toda la mitología nebulosa que se desvanece á los rayos del nuevo sol espiritual, naciente entre los altares de Roma.

Durante toda la Edad Media el Imperio alemán luchó contra Roma, luchó poderosamente, pero sin elevarse al cielo, de donde bajaba la luz y el aire de la vida, al cielo del espíritu. Allí y solo allí, en la región apartada y elevadísima de las ideas, cabía el combate, y estaba el premio de la victoria. Para derribar la Roma moderna se necesitaba derribar antes sus dogmas. Y para derribar el dogma de la universalidad latina, imposible encontrar otra antítesis tan radical y profunda como el dogma de la incredulidad germánica. En la sociedad como en la naturaleza, deben concertarse los dos principios de unidad y de variedad en verdadera armonía. Pero andaban á la sazón divididos, cuando son dos términos indispensables á la existencia humana. El principio germánico se removía, se enconaba en el Renacimiento contra el principio latino como en los tiempos de Othon, como en los tiempos de Enrique IV, como en los tiempos de Federico II. Venía, pues, y venía lógica necesariamente la fundación de la nacionalidad religiosa en Alemania por un estallido de su conciencia. El hombre que surgió en este momento histórico para representar fielmente el estado del espíritu humano fué Lutero. En su humildísima cuna, y en su modesta educación, aprendió á sentir y á padecer como el pueblo. Hijo de un trabajador, de un minero, había en su naturaleza algo de la fuerza y del vigor de su padre. Estudió desde sus primeros años. Y para ocurrir al sustento y continuar en la

escuela, ganaba la vida cantando de puerta en puerta con voz entera, y recibiendo de unos y otros modesta y caritativa limosna. Siendo joven, iba con un su amigo por cierto camino, le sorprendió la tempestad, y un rayo dejó muerto al camarada á sus plantas. Este súbito caso le conmovió en términos que tomó hábito y abrazó la religion de los agustinos. Allí aprendió el dogma de la gracia que viniendo de San Pablo se extiende y se afirma en San Agustin, se agranda y se exagera en Lutero. Del convento pasó á Roma, y pasó con ánimo de adorarla, de rezar, absorto, hundidas las rodillas en las cenizas de los mártires, fija la mirada en el sol de la autoridad religiosa. Cuando divisó á Roma flaquearon sus piernas, se estremeció su corazón, juntáronse sus manos, cayó en arrobamiento, en éxtasis ante sus innumerables cúpulas, y le pidió que le enviara su bendición y su espíritu. Tambien Arminio fué caballero romano. Mas así que estuvo en Roma, toda el alma de su raza se despertó en su alma, todo el génio de sus predecesores entró en su fuerte corazón, y el joven tímido se trocó en furioso Alarico, anhelante por entrar á saco en la ciudad que habia cazado á los germanos para gladiadores de sus cruentas fiestas; y los habia uncido como trofeos vivientes á sus carros de guerra, á sus carreras triunfales. Al mismo tiempo que este espíritu guerrero estallaba en su ánimo, se derramaba por su fantasía como un soplo de inspiracion lírica. Cantó y combatió. Compuso el coral que han repetido en coro cien pueblos; y escribió las invectivas que han roto la unidad cristiana. Negó las indulgencias, la virtud de las obras y de las ofrendas, la autoridad del Pontífice, la antigua Iglesia, en luchas continuas, ante sus mayores enemigos, rodeado de los generales de Carlos V en Worms; hasta fundar con la energía de su voluntad y con la acerada lógica de su idea la nueva nacionalidad de Alemania, la nacionalidad que era como el santuario de la con-

ciencia emancipada. De Lutero proviene la lengua alemana, trasformada en sus controversias y en su propaganda; de Lutero la ciencia, porque todos los mayores filósofos germánicos pertenecen á la rama protestante, y todos derivan sus sistemas de la libertad de conciencia; Lutero ha convertido el humilde marqués de Bramdeburgo en rey de Prusia, el humilde rey de Prusia en grande emperador de Alemania, que á un tiempo ha desvanecido la sombra del imperio español, arrojando al Austria de la Confederacion, y la base del Pontificado, arrancándole la ciudad de Roma y el poder temporal. ¿Se comprende, pues, toda la importancia que tiene el movimiento religioso en el movimiento político de Alemania?

Hoy mismo el Príncipe Bismark, despues de haber triunfado del Austria y de Francia, de las dos potencias católicas, concentra sus vigorosísimos esfuerzos en el intento de combatir al catolicismo. Lejos de caminar hácia la separacion de la Iglesia y el Estado, que tan admirablemente han sabido arraigar en su constitucion y en sus costumbres los pueblos anglo-sajones del Nuevo-Mundo, camina hácia un cesarismo omnipotente, en que pueden quedar mermados los derechos de la conciencia humana, y con ellos la vitalidad y la gloria de Alemania. La guerra al Catolicismo es el alma de la política prusiana. Los católicos se quejan de que los veinte millones de reales adseritos á los fondos secretos, y las rentas de la fortuna privada del destronado rey de Hannover, y los excedentes de los gastos votados para la anexion de la Alsácia y la Lorena, excedentes que suben á cerca de cien millones de reales, se emplean todos en suscitar enemigos estipendiados á la iglesia de Roma. El dogma de la infalibilidad ha sido combatido, negado, puesto en una especie de entredicho civil, con menosprecio de los buenos principios, que aconsejan separar toda fuerza coercitiva de las cuestiones candentes de dogmas, de disciplina y de Igle-

sia. Esta conducta extrañó tanto más á los perseguidos, cuanto que esperaban, aun despues de la guerra, por ciertas palabras leídas en los discursos de apertura de las Cámaras, por cierta visita del prelado de Breslau, que sobre la corona del nuevo Imperio se elevára y cerniera la antigua blanca paloma de los tiempos de Carlo-Magno, y la espada en tantas victorias engrandecida, se doblára al servicio de los Pontífices.

Pero en el corazón de Alemania los ódios al Austria y á Francia están animados, encendidos en otro ódio superior todavía, en el ódio á la Iglesia romana y á sus dogmas. Desde Sedán vió todo el mundo que el poder temporal estaba perdido; y desde el momento en que se declaró el dogma de la Infalibilidad vió tambien todo el mundo que corria Germania á otro nuevo cisma. Y este cisma era avivado por el poder político recién-nacido en Versalles á la manera que fué avivado el luteranismo por el elector de Sajonia en sus comienzos. El gran teólogo de Munich, á quien tanto debiera la Iglesia Católica, pasó á jefe de la secta disidente que se llamaba de los viejos católicos, así como los protestantes se llamaban los viejos y verdaderos cristianos. En su obsequio hizo cuanto pudo el nuevo imperio, y en detrimento de los que admitian la Infalibilidad Pontificia. Una grande ordenanza fué promulgada, llena de castigos y de multas, contra los predicadores demasiado exaltados ó fanáticos. El dia en que se quejó el Papa, y publicó una Encíclica contra el imperio, los periódicos liberales y ultramontano, que copiaran en todo ó parte aquel documento, fueron recogidos. La mano del Gobierno entró en los seminarios, y arregló la enseñanza religiosa á medida de la enseñanza oficial. El ministro de Cultos declaró que no podia continuar sin modificaciones importantes la vida de la Iglesia Católica en Alemania imperial. El clero, muy independiente de las autoridades civiles, dependia de una autoridad extranjera, que ignoraba por completo las

necesidades y aspiraciones nacionales de Alemania. Sobre todo, el bajo clero le parecia amenazador desde las posiciones que le habia dejado cierta indiferencia que resultaba ciega imprevision. Y como, el cambiar radicalmente ese estado, atacaba algunos artículos de la Constitucion, pedia el gobierno que se examinara con gran detenimiento y calma el pavoroso problema.

Llevado, pues, de este pensamiento, se obligaba al clero á cursar toda la segunda enseñanza en los establecimientos del Estado y á recibir tres años de ciencia teológica en las Universidades oficiales; á sujetarse á exámenes presididos y celados por autoridades del gobierno; á sufrir una exquisita vigilancia en sus escuelas, en sus iglesias, y á dar una grande garantía de celo por el bien público; á proveer dentro de cierto tiempo y ciertos límites los beneficios vacantes; á invalidar todo contrato entre el superior y los inferiores eclesiásticos, que desconociera la autoridad y las leyes civiles; á recibir en su jurisdiccion y en sus castigos procedimientos ajenos, y á veces contrarios al procedimiento canónico; á aceptar la intervencion del juez ordinario en las causas religiosas; á revisar en tribunales nombrados para este fin todos los títulos de todas las dignidades existentes en la Iglesia; á convertirse el clero, ¡é!l, hasta entonces independiente, en funcionario completamente sometido á la autoridad del imperio.

Los jesuitas fueron expulsados, á pesar del mucho respeto y poco miedo que les tuviera siempre el gran Federico. Los obispos, que protestan, son perseguidos, multados, encarcelados. Los fieles se ven constreñidos á recibir los sacramentos de manos que no creen puras, y á doblar la rodilla ante católicos que no creen ortodoxos. El asunto de la Infalibilidad se ha tratado en las plazas, en las Academias, en los púlpitos, en las tabernas, en los clubs, y ha sido causa de grandes disonancias en la córte de los Emperadores,

en los consejos de los ministros, y de ruidosos escándalos y alarmantes perturbaciones en las calles. Bismark se parece á los Emperadores de Bizancio influyendo sobre los concilios para la declaracion de un dogma, ó á los califas de Córdoba regulando las relaciones entre sus vasallos cristianos y su clero.

Se debe sentir mucho orgullo, al penetrar, como un Dios, en el seno cuasi divino de la conciencia humana, con la espada de la autoridad en las manos; pero ¡ay! que nunca se desconoce impunemente la naturaleza de nuestro sér, ni impunemente se atenta á la santidad del derecho.

CAPITULO XXIX.

DE LAS ESCUELAS RELIGIOSAS EN ALEMANIA.

Si las escuelas filosóficas, definiendo y depurando la idea del derecho, han contribuido al movimiento político y al movimiento republicano en Alemania, cuánto no habrán contribuido, en qué alto y superior grado, las escuelas religiosas. Efecto de nuestra imperfecta organizacion política y social, quédase el pensamiento científico en las regiones superiores de la sociedad, en las escuelas, en las almas privilegiadas que han adquirido alguna cultura intelectual; en tanto que la religion, la idea religiosa, cómo abraza la vida y la muerte, cómo lleva en sí el consuelo á innumerables dolores y el aliento á innumerables esperanzas, cómo ilumina desde los cielos del arte hasta la piedra del hogar, y desde la piedra del hogar hasta la piedra del sepulcro, enciende y anima á un tiempo el corazon y la cabeza, la voluntad y la inteligencia, el tiempo y la eternidad.

Se han concluido las guerras religiosas. No se batalla en el género humano por la presencia real, por la cena, por el libre arbitrio,

por la gracia, por la divinidad ó la humanidad de Cristo. Pero las controversias religiosas ni se concluyen, ni se concluirán nunca, mientras haya en el mundo quien doble las rodillas ante las aras sagradas, y para explicarse lo existente y lo posible, entregue su alma al templo santo, que flota como el arca de Noé, entre un diluvio de lágrimas. En toda cuestion política se encierra hoy, como ayer, una cuestion religiosa. La extrema derecha de la Asamblea de Versalles, no pugna tanto por someter la nacion á la autoridad del rey tradicional, como por someter la inteligencia al yugo de la fé histórica; y la extrema izquierda no pugna tanto por la República y la democracia, como por la independenciam del pensamiento y el reinado de la razon. El ministerio liberal ha caido en la Gran Bretaña. Y su caída se debe, más que á ninguna otra cosa, á las cuestiones relacionadas con la Iglesia y con la enseñanza, á las cuestiones religiosas. Italia ha vencido al Austria, que le vedaba su integridad, y á la Francia que le